



ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA CORAZÓN Y DE MADRE

LECTURA

AÑO 1 SEMANAL **PRE-**
NÚM. 6 **CIO:**
8 DIC. 10
1925 POPULAR **CTS.**

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE *por Ramón Ortega y Frías*

Resumen de lo publicado en los números anteriores:

Querubín y María, la hija del poderoso comendador don Pedro de Saavedra, se aman. El orgulloso comendador persigue implacablemente a Querubín, porque quiere casar a su hija con don Leandro de Sandoval, hijo de los condes de Rocanegra.

Querubín ignora quiénes son sus padres. Vive pobremente con su protector, don Godofredo de Guevara, hidalgo arruinado, que le recogió a los dos años de los brazos de una pobre mujer, que murió.

Un día, Querubín y su protector se hallaban en casa de su sastré, el señor Policarpo, que habitaba en un portal de misero aspecto, cuando vieron salir del interior a don Leandro de Sandoval. Intrigados preguntaron al sastré, y éste ocultó el motivo de la visita.

En aquella casa vivían también dos mujeres, madre e hija. Llegaron allí diecisiete años antes, sin que nadie supiese quiénes eran ni de dónde procedían. Vivían modestamente. La madre se llamaba Mariana, y la hija, Consuelo.

También debían ponerlo en la más dura alternativa.

En nombre de su honor, de sus sentimientos maternos y de su conciencia, le suplicaría su madre que hiciese el sacrificio.

Tal vez el joven llevaría su abnegación hasta el último grado y se casaría con la hija del comendador; pero aun así, no puede decirse que hacía un beneficio al hijo abandonado, puesto que éste amaba a María.

Y otra criatura también, no menos digna de consideración sería despreciada para siempre; o lo que es igual. Consuelo sería abandonada.

Y he ahí cómo al hacer Leandro un sacrificio con la mejor intención, resultarían grandes males; y cómo la condesa, queriendo favorecer a Querubín, lo haría horriblemente desgraciado.

El corazón filial de Querubín quedaría satisfecho; pero se destrozaría su corazón de amante.

La madre abrazaría a su hijo; pero privándolo de los brazos de una esposa.

La situación, sobre ser horrible, no podía ser más complicada.

¿Qué hubiera sucedido si la condesa supiese que su hijo abandonado amaba a María?

¿Qué hubiera hecho el comendador al saber que Querubín era el amante misterioso de su hija, el que se había burlado de él, lo había puesto en ridículo y había dado origen a murmuraciones que empañaban el honor del caballero? Y, por último, ¿qué habría sucedido si de todo esto hubiese tenido noticia don Juan de Monzón?

No es posible adivinar el resultado.

Presa de la más violenta agitación, apenas la condesa acertaba a discurrir ni a pronunciar una palabra.

—¡Ah!—exclamó— ¡Mi cabeza va a estallar!...

—Calma, señora.

— ¡Calma me pedís! ¿Cómo habéis podido conocer este secreto? ¿Acaso don Juan de Monzón?...

—No lo acuséis, señora, porque sería una injusticia.

—Es verdad; don Juan ha dado pruebas de ser demasiado noble y de amarme demasiado.

—Este secreto me lo ha dado a conocer la casualidad; y como nadie me lo ha confiado, no me considero obligado a callar, si es que me conviene revelarlo todo. Hace muchos años, desde que vuestro esposo volvió de América, conozco esta historia, y ya veis que he sido reservado, y sobre este punto puedo envanecerme de haber cumplido como un caballero.

—Pero ahora...

—Las circunstancias me obligan.

—Cometéis un abuso.

—Tal vez; pero contra mi voluntad.

— ¡Contra vuestra voluntad!... ¿Pues quién os estorba desistir de vuestro empeño?

—Repito que las circunstancias han cambiado, y os lo probaré.

—Si vuestra hija estuviese enamorada de Leandro, todo me lo explicaría y mereceríais perdón a pesar del abuso que cometéis, pues impulsado por vuestro amor paternal, queriendo ante todo satisfacer los deseos de vuestra única hija, no me sorprendería que acudieseis a toda clase de medios.

—No; mi hija no está enamorada de Leandro.

—Siendo así...

—Por lo contrario, ha tenido la desgracia de enamorarse de otro.

La condesa fijó una mirada de sorpresa profunda en el anciano, y dijo:

—Resulta entonces que al sacrificarse mi hijo...

—Igual sacrificio impongo a María.

—¿Y tanto empeño ponéis en hacer desgraciada a vuestra hija ?

—Viéndolo estáis.

—¡Oh!... ¡Esto es incomprensible! ¿Acaso es posible que un padre goce con los sufrimientos de sus hijos?... Caballero, perdonad; pero si no habéis perdido la razón...

—No la he perdido.

—Pues bien; yo estoy trastornada, me he vuelto loca.

—Tampoco.

—¡Pues sois un infame!

—¿No os he hablado de las circunstancias? ¿No os he dicho que está enamorada mi hija? Si me hubierais preguntado a quién amaba y supieseis lo que anoche sucedió todo lo comprenderíais.

—Lo dudo.

—Mi hija se ha enamorado de un infeliz, de un miserable sin fortuna y de la última clase de la sociedad, y ese miserable tuvo anoche el atrevimiento de penetrar en mi casa sobornando a uno de mis criados.

—¿Y vos?

—Lo sorprendí antes de que viese a mi hija, quise matarlo para castigar su audacia, y no conseguí más que ponerme en ridículo y que se hiciese público el suceso, con mengua de la honra de mi hija.

Al hablar así empezó el caballero a dejarse arrebatar, porque no era posible que recordase con calma el suceso de la noche anterior.

Con querer ocultarlo nada conseguía, puesto que ya lo sabía todo el mundo; y, por consiguiente, para que se apreciara con más exactitud su situación, refirió detalladamente lo que había sucedido en el jardín.

—Ya lo veis, señora—dijo—; es preciso probar que no fue un amante, sino un ladrón, quien en mi casa se introdujo anoche, y de esto no se convencerá el mundo

sinó cuando vea que mi hija se casa con un hombre como Leandro. ¿Comprendéis ahora? Me llamáis infame porque abuso de vuestro secreto, porque os amenazo con la deshonra, y no pensáis que, por mucho que me interese vuestro reposo y vuestro honor, más debe interesarme mi propia honra. Esto será tal vez una prueba de egoísmo; pero egoísmo que vos también tendríais, pues si os pusiesen a elegir entre vuestro honor y el mío, no sacrificaríais el vuestro; y si os dijese que era preciso hacer desgraciada a mi hija para que se salvase la reputación de vuestro hijo, tampoco vacilaríais, y mi hija quedaría sacrificada.

—Exageráis, caballero.

—Desgraciadamente os equivocáis.

—Podrán hacerse comentarios sobre lo sucedido anoche en vuestra casa; pero la virtud de vuestra hija está por encima de todas esas miserias. ¿Quién ha de poner en duda la pureza de María? Nadie. Los murmuradores se cansarán, y habrá muchos hombres nobles y ricos que soliciten la mano de vuestra hija.

—Repito que por desgracia os equivocáis, o por lo menos es posible que no suceda así, y no he de fiar mi honor a los caprichos del mundo.

—¡Caballero!...

—He dicho cuanto tenía que decir—replicó el anciano poniéndose en pie.

—¿Ya os vais?

—Os dejo en libertad para que reflexionéis.

—Para que me atormente, debierais decir.

—Os atormentáis porque os habéis empeñado en dar demasiada importancia a lo que llamáis el sacrificio de Leandro.

—Suponed que mi hijo no quiera escuchar mis súplicas. ¿Qué sucederá entonces?

—Ya lo sabéis: ni veréis jamás a Querubín, ni os libraréis de la deshonra.

—¿Y por qué habéis de hacerme responsable de las negativas de Leandro? Esto es llevar la injusticia hasta la insensatez.

—Vuestro hijo os escuchará.

—Si su corazón se ha interesado por otra mujer, será imposible conseguir nada.

—En último apuro le diréis la verdad, y Leandro es demasiado bueno para condenaros a la deshonra.

—¡Confesar mis faltas a mi hijo!—exclamó, horrorizada, la condesa.

—Es muy desagradable, lo reconozco; pero os someteréis a las circunstancias, como yo me someto.

—¿Y no teméis que don Juan de Monzón os pida cuentas de vuestro ruin proceder?

—No me las pedirá, porque vos no le diréis que conozco vuestro secreto.

—¡Sí; se lo diré cuando no me quede más recurso ni más consuelo que el de la venganza!

—No lo haréis, señora.

—¡Sí!—repitió con firmeza la pobre madre.

—Antes de hacerlo pensaréis que la suerte de vuestro hijo Querubín está en mis manos, y que a mi vez me vengaría, y mi venganza sería mil veces más terrible que la vuestra. Yo moriría a manos de don Juan de Monzón, y más no podría sucederme; pero vos viviríais muchos años para sufrir espantosamente.

—¡Sois un miserable!

—Ya me lo habéis dicho más de una vez, y os perdono, porque comprendo que el dolor os trastorna.

—Dejadme, caballero.

—Sí, os dejaré, y dentro de algunos días volveré para conocer vuestra resolución.

—Si decido acceder a vuestras exigencias os avisaré, y entretanto dejadme en paz.

—Os advierto que no puedo esperar muchos días, porque cuanto antes necesito quitar a mi hija toda esperanza.

—¿Queréis obligarme a decidir ahora mismo?

—No tanto, señora.

—¡Pues salid que vuestra presencia me hace sufrir mucho!

—Señora, que Dios os ilumine y os dé fortaleza y consuelo—dijo el comendador.

Y se inclinó respetuosamente, y apoyándose en su largo bastón, y con el sombrero bajo el brazo izquierdo, salió de la cámara.

La condesa elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora, oprimiéndose el pecho con fuerza convulsiva, y exclamó:

—¡Dios misericordioso; quitadle la vida!

Luego inclinó la cabeza sobre el pecho, y ocultó el rostro entre las manos.

Nuevamente corrieron lágrimas abrasadoras por sus pálidas mejillas.

Reinó en la estancia un silencio absoluto, solamente interrumpido por el movimiento de la péndola del reloj, que marcaba el tiempo que transcurría.

Pasó una hora.

La condesa, que no se había movido, levantó al fin la cabeza.

Ya no lloraba.

Se pasó las manos por la frente.

—Es preciso sonreír—murmuró.

Y, efectivamente, sus labios se entreabrieron para sonreír con profunda amargura.

Pocos minutos después llamó a una de sus doncellas para preguntar si habían vuelto su esposo o su hijo, y le respondieron negativamente.

CAPÍTULO XV

Proyectos del señor de Guevara, y lo que descubrió

Tenemos que retroceder algunas horas, pues el lector recordará que al salir de la hostería el señor de Guevara habíase dirigido otra vez a la costanilla de Santiago para pedir explicaciones al honrado sastre.

Hemos visto ya que el buen hidalgo, además de muy clara inteligencia, estaba dotado de gran corazón, y no tenía otros defectos que el de las extravagancias de su carácter.

El señor Policarpo había guardado la mayor reserva en cuanto a los amores del ilustre Leandro, y se proponía seguir la misma conducta; pero desde aquella mañana tenía que habérselas, no con los vecinos curiosos y torpes, sino con el señor de Guevara, que era demasiado astuto, y también con Querubín, que no lo era menos.

El pobre sastre debía encontrarse en los mayores compromisos, y tal vez sería víctima de los unos y de los otros sin haber hecho otra cosa que muchos beneficios.

Lucrativa había sido para él la intriga amorosa; pero debemos ser justos y declarar que no había dado un solo paso por el interés.

Desde la calle Mayor a la costanilla de Santiago iba tan preocupado el señor de Guevara, que no se apercebía de lo que pasaba a su alrededor.

Los amores de Querubín lo habían puesto en grandísimo cuidado, porque no veía una solución clara y satisfactoria.

Convencido estaba de que era inútil aconsejar al manco para que olvidase a María; pero también estaba convencido de que el comendador no consentiría jamás

que con su hija se casase un pobre diablo que ni siquiera nombre tenía.

¿Cómo arreglar el asunto?

Para que fuese dichoso Querubín no había más arreglo que el de satisfacer su anhelo amoroso, y esto era absolutamente imposible.

El hidalgo sabía todo lo que pasaba en Madrid, pues tenía amigos en todas partes, y no se ocupaba más que en ir y venir, hablando con todos los murmuradores.

No ignoraba, pues, que había habido un proyecto de boda entre la hija del comendador y Leandro, boda que no se realizaba porque al ilustre joven no le había parecido bien hacer el sacrificio de su libertad.

Sobre este punto hiciéronse algunos comentarios en la corte.

Muchos hombres suspiraron tristemente, envidiando la fortuna que no había sabido aprovechar el hijo de la condesa, creyendo todos que si no se casaba era efectivamente porque amaba mucho su libertad de soltero.

Y, sin embargo, esta libertad para nada le servía al que muy raras veces tomaba parte en las diversiones de sus jóvenes amigos.

El hijo de la condesa parecía estar siempre muy preocupado; pero se llegó a creer que su carácter era melancólico.

A esto no le había dado ninguna importancia el buen Godofredo, porque el asunto no le interesaba; pero cuando conoció el secreto de Querubín, volvió a pensar en la extraña conducta del hijo de la condesa, conducta que se explicó suponiendo que el ilustre joven había rechazado a María porque ya no era dueño de su corazón.

¿Y a quién amaba?

La hija del comendador, a pesar de sus timbres de nobleza y de que debía heredar una gran fortuna, habíase enamorado de un pobre de origen oscuro como Querubín.

¿No era también posible que Leandro amase a una mujer de humilde cuna ?

Posible era, y nada de particular tenía que la mujer amada fuese una de las vecinas del señor Policarpo.

En fuerza de hacer suposiciones y deducciones, el señor de Guevara llegó a creer firmemente que en la casa de la costanilla de Santiago estaba el objeto de la ternura de Leandro, y fundándose en esto debía entablar la lucha con el pobre sastre.

— ¡Vive el cielo! —decía el buen hidalgo mientras atravesaba la plaza de Herradores— ¡Esto es inconcebible! ¡Parece imposible, y, sin embargo, es verdad! Yo no he querido bastardear mi sangre, y permanezco soltero; pero no todos piensan lo mismo. Además, cuando el diablo enciende una pasión, se trastorna la cabeza y se cometen todas las locuras. La hija de don Pedro ha perdido la razón, si bien es verdad que el travieso Querubín tiene sobrados atractivos para hacerse amar de la más indiferente. ¿Y no puede haber una joven tan bella como mi ahijado ? Lo cierto es que me encuentro metido en un enredo, del que no puedo salir fácilmente. Si todo esto pudiera componerse con algunas cuchilladas, no me apuraría, porque bien pronto terminaríamos el asunto; pero la fuerza de nada sirve, y todo ha de conseguirse con la astucia. Ahora más que nunca nos conviene averiguar quiénes fueron los padres de Querubín, y, sin embargo, nunca como ahora he tenido menos esperanzas de conseguirlo. No puedo dudar que es rico y noble el padre de Querubín; pero esta opinión no es bastante para que transija el orgulloso don Pedro. Y la verdad es que si yo me encontrase en el pellejo del comendador, después de lo sucedido anoche...

Interrumpióse bruscamente el buen hidalgo.

— ¡Rayos y truenos! —exclamó— ¿Y por qué han de

rechazar a Querubín ? Si no tiene nombre, yo le daré el mío, que es tan ilustre como el de un rey.

Detúvose, y se dio una palmada en la frente.

— ¡Gran idea! —dijo— No me he casado, pero soy héroe de muchas aventuras amorosas. Como el amor es el padre de todas las criaturas, a nadie le sorprenderá que yo haya tenido un hijo, y ese hijo puede serlo Querubín... ¡Fuego de Satanás!... ¿Por qué no he de reconocer solemnemente a Querubín por un hijo ? En cuanto a la madre, no faltará una a quien echarle encima el pecado; y una vez que esto quede hecho así, Querubín se llamará Guevara y heredará todos mis derechos, y... ¡Meditaré, meditaré! ¡Oh! ¡Estoy entusiasmado!

Brillaron los pequeños ojos del señor de Guevara.

Parecíale que había dado un gran paso hacia la felicidad de Querubín.

Un hijo natural no puede envanecerse con su nombre como un hijo legítimo; pero tiene un nombre al fin.

Crefa el hidalgo que para conseguir la dicha del mancebo le sería lícito inventar una historia y, como él decía, echar encima el pecado a una mujer que ya se hubiese muerto y que fuera de ilustre cuna, pues él no podía aceptar la suposición de que había tenido hijos de una plebeya.

En todas ocasiones entusiasmábase con mucha facilidad el hidalgo, y entonces le sucedió lo mismo.

— ¡Lástima que no se me haya ocurrido antes semejante idea! —decía.

Este plan, sobre ser atrevido, era tal vez irrealizable; pero el señor de Guevara no se detenía cuando había decidido acometer una empresa.

Desde aquel mismo día podía empezar a decir a todo el mundo que Querubín era su hijo, y así prepararía los ánimos para que nadie se sorprendiese cuando llegara el caso del formal reconocimiento.

No había pensado el señor de Guevara en el mayor inconveniente. ¿De dónde sacaría la fe de bautismo de Querubín?

Esto se le ocurrió cuando iba a dirigirse otra vez a la vivienda del señor Policarpo; pero bien pronto encontró la solución, suponiendo que la partida de bautismo la encontraría en una de las parroquias de Madrid.

Sobre este punto se equivocaba completamente.

—¡Adelante! —dijo— El almuerzo me ha sentado bien; el vino es rancio y puro: me ha inspirado, y debo aprovechar la ocasión.

Púsose en movimiento, y bien pronto llegó a la vivienda del sastre.

Éste, sentado y con la cabeza inclinada, cosía. Sorprendióse al ver al caballero; interrumpió su trabajo, y dijo:

—¿Otra vez por aquí? ¡Decididamente hoy es un día muy afortunado para mí!

—O muy desgraciado—replicó el señor de Guevara con tono entre serio y alegre.

—¿Por qué decís eso?

—Porque es posible que no lleguéis a comprender vuestros verdaderos intereses, o que os dé la mala tentación de mentir, en cuyo caso desaparecerá como el humo la estimación que os profeso.

—Vuestras palabras me ponen en gran cuidado; y en cuanto a lo de mentir...

—Reconozco que siempre habéis dicho la verdad.

—Entonces...

—Pero las criaturas tenemos momentos fatales de obcecación; momentos de debilidad, de perturbación, de extravío, y vos sois una criatura como todas.

—Es muy cierto.

—Yo también—repuso el hidalgo— he tenido mis debilidades.

—Pero no creo que nunca hayáis mentido.

—Pues os equivocáis, señor Policarpo—replicó el señor de Guevara sentándose y estirando sus largas piernas.

—Si vos lo aseguráis...

—Os daré una prueba de la confianza que me inspiráis, y os diré lo que a nadie he dicho todavía, lo que ignora el mismo Querubín.

—Gracias, señor caballero; me honráis demasiado.

—Siempre me habéis oído decir que Querubín es mi ahijado.

—Sí.

—Pues he mentido.

El sastre miró con asombro al hidalgo.

Éste prosiguió diciendo:

—Y esa mentira es una debilidad; o lo que es lo mismo, he mentido porque me ha faltado el valor para confesar mis debilidades. ¿Comprendéis?

—Os explicáis con mucha claridad; pero, francamente, no os entiendo.

—¡Vive Dios!...

—No os enfadéis; pero...

—No me enfado.

—Habláis de debilidades...

—Señor Policarpo, acercaos y escuchad lo que sabrán todos dentro de algunos días.

El sastre miró de pies a cabeza al caballero.

—Ya escucho con la atención que vuestras palabras merecen.

—Querubín es mi hijo.

—¡Ah!

—Y también el hijo de una dama ilustre que ya no existe, y que, arrebatada por la pasión, trastornada por mis seducciones, olvidó sus deberes.

Abrió desmesuradamente los ojos el señor Policarpo, y permaneció inmóvil.

—He ahí mi secreto—dijo el hidalgo con gravedad cómica.

—¡Vuestro hijo!

—El hijo de mi amor, de mis ilusiones, que se desvanecieron para no volver; el fruto de mis juveniles extravíos; el testimonio vivo de una historia tristísima que ha quedado escrita en mi corazón.

El hidalgo no podía mentir con más descaro ni con más habilidad.

Exhaló un triste suspiro, inclinó sobre el pecho la cabeza y guardó silencio.

—¡No me equivoqué!—dijo entonces el sastre—. Siempre he creído que sangre muy noble corría por las venas del señor Querubín, porque su aspecto y sus ideas no son de un plebeyo. Tiene algo que se diferencia de los demás; pero nunca sospeché que vos fuerais su padre. ¿Y nada le habéis dicho? Esto no me parece bien.

—Tenéis razón, pero aun es tiempo de remediar la falta. Como ya estoy decidido, reconoceré a Querubín, y juntos iremos a llorar sobre el sepulcro de su madre.

—¡Me enternecéis!—dijo el buen sastre con voz ahogada.

—Pero supondréis que el único objeto de mi visita no ha sido revelaros este secreto.

—Ya lo supongo.

—Como hemos hablado de mentiras, me ha parecido oportuno daros el ejemplo.

—Señor de Guevara, si es que se trata de...

—De un asunto de cierta gravedad; y si os parece que no estamos bien aquí, iremos a vuestro aposento.

—Nadie nos escucha, y todo el mal que puede suceder es que nos interrumpan.

—Concluiremos pronto.

—Pues explicaos, si a bien lo tenéis.

—No habréis olvidado que cuando recortabais la capa salió un caballero.

El señor Policarpo se estremeció.

La conversación tomaba para él un giro muy desagradable.

—No lo he olvidado—dijo.

—Asegurasteis que ese caballero, o lo que es lo mismo, don Leandro de Sandoval, os proporciona mucho trabajo.

—Y no he mentado.

—Pero ¿por qué don Leandro salía del interior de la casa? ¿A quién visita aquí? ¿Qué fines le traen?

Estas preguntas hicieron palidecer al señor Policarpo.

—¿No me respondéis?—añadió con impaciencia el señor de Guevara.

—El señor don Leandro había venido a buscarme; no me vio aquí, creyó que me encontraría en mi habitación...

—¡Señor Policarpo, eso es mentira!—interrumpió bruscamente el hidalgo.

—Os juro...

—¿Os atreveríais a jurar?

Algunas gotas de frío sudor corrieron por la pálida frente del sasire.

El hidalgo quiso aprovechar aquella turbación, y con severo tono prosiguió diciendo:

—Puesto que no correspondéis a mi confianza, puesto que os empeñáis en ocultar la verdad, yo os diré lo que no queréis decir.

—Pero...

—Don Leandro de Sandoval viene a esta casa para ver a una mujer, de quien está enamorado.

—¡Ah!

—La ropa que le hacéis no es más que un pretexto para cubrir las apariencias.

—¡Murmuraciones de los vecinos!

—Los vecinos saben menos que yo.

—¡Dios mío!

—Quiero conocer a la joven amada por don Leandro: lo averiguaré fácilmente y sin vuestra ayuda, y así nada tendré que agradeceros.

El pobre sastre estaba completamente aturdido. Convencióse de que las negativas serían inútiles.

No había sospechado que el señor de Guevara hacía suposiciones para averiguar la verdad, sino que, por lo contrario, creyó que todo lo sabía.

Seguir negando, era colocarse en situación más crítica.

El hidalgo se puso en pie como si se dispusiera a salir.

—¡Esperad! —le dijo con angustiado tono el cándido sastre.

—¿Qué queréis? —replicó el señor de Guevara con aspereza.

—Puesto que todo lo sabéis, os diré la verdad; pero conste que he guardado el secreto, y que si vos le conocéis, no es porque yo haya cometido ninguna indiscreción, pues llegará un día en que el ilustre señor don Leandro me pedirá cuentas, y yo...

—¡Tranquilizaos!

—Habéis depositado en mí vuestra confianza y no quiero ser ingrato.

—No esperaba de vos otra cosa.

—Sentaos, señor caballero; sentaos y escuchadme.

Volvió a sentarse el hidalgo.

Miró a todos lados el sastre, y, convencido de que nadie le observaba, dijo:

—Muy cierto es que don Leandro de Sandoval está

enamorado, y que en esta casa vive el objeto de su amor.

—¿Qué clase de mujer es ?

—Casi no puedo decirlo.

—¡Eso es incomprensible!

—En uno de los cuartos principales habita una infeliz que hace muchos años vino a la corte con una niña, y que de repente se vio acometida de una enfermedad, perdiendo el habla y quedando sin movimiento.

—¿Y esa niña ?

—Ha crecido, y es tan hermosa como no puede concebirse; pero ignora si debe su existencia a una debilidad, pues como la madre no puede explicarse, nada ha dicho sobre ese punto.

—¿Un misterio ?

—Eso es; un misterio que nunca se pondrá en claro, porque la enferma morirá sin haber pronunciado una palabra.

—¿Y con qué recursos cuentan esas mujeres ?

—Con el producto del trabajo de la hija.

—¿Y antes de que la niña pudiese trabajar ?

—Se consumieron los ahorros de la madre, y luego yo hice lo que pude, porque su desgracia me interesó mucho.

—Pero por la ropa, por el lenguaje, por los ademanes, habréis conocido a qué clase pertenece esa infeliz mujer.

—Cuando vino no parecía más que una aldeana, y creo que efectivamente lo era.

—¿Y qué clase de asuntos la trajeron a la corte ?

—Se mostró muy reservada, y fue imposible averiguarlo. Lo único que sabemos es lo que vimos: que a todas horas estaba muy triste, que parecía sufrir mucho, que tenía dinero y salía diariamente, sin que nadie pudiera decir adónde iba.

—Todo eso parece revelar una seducción; y tal vez esa infeliz, al verse abandonada, vendría en busca de su amante.

—Así lo hemos supuesto; pero eso no pasa de ser una suposición.

—¿Cómo se llama esa mujer?

—Mariana.

—¿Y su apellido?

—No lo sé.

—¿Y el nombre de su hija?

—Consuelo.

—¡Bello nombre!

—No tanto como su hechicero rostro.

—¿Y el alma?

—Es el alma de un ángel, creedlo.

—¿Y la ama de veras don Leandro?

—Con locura.

—Así debe de aparentarlo; pero...

—Señor de Guevara, no soy tan tonto que confunda el verdadero amor con el fingido.

—¿Qué pruebas tenéis para responder tan de lleno de la buena fe de don Leandro?

—Que sus pruebas de amor consisten en el respeto más profundo.

—¡Oh!

—Y claro es que ama de veras a la pobre Consuelo cuando tanto la respeta, pues ocasiones tendría para abusar de su ventajosa posición, y ni siquiera ve a la joven como no sea en presencia de la madre.

—Señor Policarpo, discurrís con mucho acierto.

—Y para que no os quede duda, os daré a conocer todos los sucesos.

—¡Sí, sí!

Por muchas razones interesaba demasiado aquella historia al señor de Guevara.

No encontró el sastre inconveniente en decir la verdad, sino que, por lo contrario, le pareció bien probar que Consuelo no había olvidado sus deberes ni era posible que los olvidase.

Con todos sus detalles refirió lo que nuestros lectores saben ya.

Escuchó muy atentamente el hidalgo.

Nadie los había interrumpido, y esto contribuyó mucho a que la narración fuera más interesante. Terminó el señor Policarpo.

Iba el señor de Guevara a manifestar su opinión, cuando en el portal entró otra persona.

Era Consuelo.

La joven no había visto tras el biombo al caballero, y se acercó, diciendo al sastre:

—Cuando tengáis un momento libre, subid, porque me ocurren dudas en el trabajo.

Al pronunciar estas palabras reparó en el hidalgo.

—¡Ah!—exclamó sorprendida.

Y retrocedió un paso.

—¡Vive el cielo!—dijo el señor de Guevara.

—Pronto subiré—murmuró, turbado, el sastre.

La joven desapareció.

Otros tres o cuatro juramentos, que eran manifestaciones de su admiración, dejó escapar el señor de Guevara.

—¡Ésa es, ésa!—dijo el sastre.

—¡Por quien soy, que es bella, y no habéis exagerado al asegurar que sus hechizos son inconcebibles! ¡Ya no me sorprende que don Leandro de Sandoval haya perdido la cabeza!

—¿Y ahora?...

—Hablaemos otro día, señor Policarpo, porque tengo que coordinar mis ideas. Además, me aguardan, y... ¡Que Dios os dé salud!

En vano quiso el sastre detener al caballero.

Éste salió, mientras decía para sí:

— ¡Oh! ¡Preciso es que Querubín sepa todo esto!
¡Consuelo, Consuelo! ¡Y qué belleza! ¡Qué ojos!
¡Qué mirada! ¡Es, indudablemente, más hermosa que
la hija del comendador! Querubín dijo que iba a la calle
Ancha de San Bernardo... ¡Le buscaré allí!

El señor de Guevara atravesó la plazuela de Herradores y entró por la calle de las Fuentes.

CAPÍTULO XVI

Querubín se mueve, sin hacer nada

En tanto que el señor de Guevara hablaba con el sastre y que el comendador almorzaba silenciosamente, preparándose a conferenciar con su hija, Querubín, envuelto en su nueva capa, paso entre paso, absorto unas veces en sus pensamientos y otras con la mirada fija en la vivienda del comendador, paseábase por la calle Ancha de San Bernardo sin recorrer más que el trozo comprendido desde la calle de la Estrella hasta la del Pez, pues si se hubiese alejado algo más, ya no hubiera podido hacer todas las observaciones que deseaba y le convenían.

Según costumbre, estaban cerrados todos los balcones de la morada del comendador, y pasó largo rato sin que el mancebo pudiese ver nada de particular.

La paciencia de los enamorados no tiene límites, así como no hay nadie tan impaciente como ellos.

Habíase propuesto Querubín pasear toda la mañana, y este propósito fue bastante para que el tiempo no le pareciera demasiado largo.

Además, tras los muros sombríos de la casa del comendador estaba María, y contemplar aquellos muros era para Querubín un verdadero goce.

Deseaba averiguar lo que la noche anterior y aquella mañana había sucedido en el interior de la casa de don Pedro.

¿En qué situación había quedado la joven?

Esto era lo que a Querubín le ponía en grandísimo cuidado.

¿Había confesado ella su amor?

¿Había dicho quién era el hombre amado?

De esto dependía la suerte de todos.

Querubín conocía demasiado bien a la joven, y sabía que ésta estaba dotada de una voluntad muy firme, a pesar de su aspecto de timidez y de la delicadeza de su organización; pero era posible que hubiese tenido que cometer más de una imprudencia, obligada por las circunstancias.

Sin adquirir estas noticias no podía el joven trazarse una línea de conducta, y, por consiguiente, debía ante todo hacer averiguaciones.

¿No encontraría la hija del comendador medios para enviar un aviso a su amante?

Si ella no los encontraba, debía suministrarlos la imaginación fecunda de la traviesa sirvienta.

Haciendo estas reflexiones detúvose Querubín.

— ¡Tal vez—pensó—me esperen por el otro lado!

Y, lo mismo que la noche anterior, tomó por la calle de las Beatas y entró en la travesía del mismo nombre.

Ruido de fuertes golpes llegó a sus oídos.

Adelantó algunos pasos más, y vio que la puertecilla del jardín estaba de par en par abierta.

Un hombre golpeaba con un martillo y arrancaba la cerradura.

Andrés presenciaba esta operación.

No necesitó el mancebo explicaciones; si quitaban la cerradura, era para poner otra donde no pudiera introducirse la llave que tenía el amante misterioso.

Dudó Querubín si seguir adelantando o retroceder, y, por fin, con la audacia que le caracterizaba, dijo:

—¡Nada puede ganarse sin arriesgarse a perder!

Subió el embozo, recatando así su semblante, pero dejando al descubierto sus magníficos y ardientes ojos.

Del lado derecho de la calle pasó al izquierdo, llegó junto a la puerta, detúvose, y empezó a mirar muy atentamente lo que el cerrajero hacía.

Al ver a Querubín se hubiera creído que era un desocupado que vagaba sin dirección fija, y que se detenía por mera curiosidad y sin otro fin que el de matar el tiempo.

En Madrid han estado siempre las calles llenas de vagos, y éstos lo observan todo, porque no tienen otra cosa que hacer.

Algo de impertinente tenía la curiosidad del mancebo: pero la verdad es que a nadie hacía ningún mal.

Andrés le miró con la más fría indiferencia.

—¡No me conoce!—dijo para sí el amante de María.

Y queriendo convencerse más y más de que no infundía sospechas, bajó el embozo, dejando ver por completo su semblante.

Así jugaba el todo por el todo.

No era posible que el astuto criado sospechase que el curioso joven era el amante a quien buscaba con tanto afán.

Observó Querubín, viendo que, a más del cambio de la cerradura, se adoptaba la precaución de poner dos cerrojos, lo cual hacía imposible abrir la puerta aunque se tuviese otra llave.

—Será menester—dijo—buscar otro camino. Me cierran la entrada por aquí, las tapias son altas en demasía, y...

En aquel momento atravesó Juana por el jardín.

—¡La fortuna me protege!—pensó Querubín.

La sirvienta, como impulsada también por la curiosi-

dad, se acercó a la puerta, lo cual le pareció al criado muy buena señal.

—Ya veis lo que hacemos—dijo Andrés en tanto que fijaba en la doncella una mirada ardiente.

Empero ella no respondió.

Había visto a Querubín, le había reconocido, y quedó turbada hasta el punto de que no acertó a pronunciar una palabra.

—¿No os parece bien?—preguntó el criado.

—Sí—respondió ella distraídamente.

—Con nueva cerradura y estos cerrojos...

—Dormiremos tranquilamente.

—¡Estáis pálida y ojerosa!—exclamó Andrés.

La doncella, que había empezado a recobrar la calma, respondió:

—No es para menos la noche que hemos pasado. Desperté sobresaltada, y me dijeron que en la casa había ladrones y que nuestro señor había tenido la fortuna o la desgracia de matar a uno.

—¡Sí, eso es; ladrones!—dijo irónicamente el criado.

Querubín tenía la mirada fija en la sirvienta; mirada que expresaba mucho y que ella comprendió.

No podía el mancebo oír lo que hablaban los otros; pero le pareció que era buena señal la calma de la doncella.

Continuaron los dos sirvientes la conversación sobre los sucesos de la pasada noche, concluyendo Andrés por decir:

—Entre nosotros hay un traidor; pero vos nada tenéis que temer, porque he conseguido que nuestro señor se convenza de que es otro el que ha dado la llave al miserable que anoche se introdujo aquí.

—Pero ¿es posible que mi noble señora?...

—Es tan posible como que otras noches la he visto bajar al jardín; y así se explica por qué ha rechazado el

amor de don Leandro de Sandoval. Ahora nos falta averiguar quién es ese amante afortunado.

—Pues me parece muy fácil—dijo la doncella levantando la voz y acercándose más hacia la puerta, como distraídamente, y para ver mejor lo que el cerrajero hacía.

Andrés la siguió; y absorto en contemplarla con todo el afán de su pasión devoradora, olvidóse del curioso mancebo, que se había colocado junto al umbral, y tampoco pensó que era una imprudencia hablar de tan delicado asunto en presencia del cerrajero.

—¿Fácil os parece?

—Si era un ladrón...

—No lo era.

—Pues siendo amante, la mujer amada revelará el secreto; y como supongo que se le exigirá terminantemente la explicación...

—Es lo más probable que ella se obstine en callar. Mucho debe de querer a ese hombre, y, queriéndole de veras, no es posible que le descubra para entregarle a la justicia y hacerle objeto del enojo de nuestro señor.

—Entonces...

—Pero he de poder muy poco, o averiguaré quién es.

—Sois astuto, y...

—Hermosa Juana, aunque yo fuese el hombre más torpe del mundo, mi porvenir depende de este negocio, y yo os juro que el audaz amante ha de ser descubierto aunque se oculte en las entrañas de la tierra.

Al oír esto el mancebo desplegó una burlona sonrisa.

—¡Pues que Dios os dé buena suerte!—dijo la doncella.

—Así lo espero.

—Vuelvo a mis quehaceres, señor Andrés.

—¿Tan pronto me dejáis?

—Sí, porque quiero concluir temprano para salir, con

licencia de mi señora, a ver a mi tía, de la que hace mucho tiempo nada sé; y como su salud está quebrantada, temo que se encuentre enferma de alguna consideración.

—Yo también he de salir, y, si queréis, os acompañaré.

—Os lo agradezco, pero me agrada ir sola—replicó Juana.

Y desplegando una sonrisa, alejóse y desapareció.

—¡Ingrata!—murmuró el sirviente.

—¡Entiendo!—dijo para sí el mancebo.

Y como si ya se hubiera cansado de mirar al cerrajero, alejóse calle arriba y fue otra vez a la de San Bernardo.

Juana le había dado una cita con el más hábil disimulo; y, además, lo que había dicho era bastante para que el mancebo comprendiese que hasta entonces nada tenía que temer.

Una hora después salía el criado.

Siguió esperando Querubín.

El comendador hablaba entonces con su hija, y al fin salió también para dirigirse a casa de la condesa.

No habían transcurrido diez minutos, cuando el mancebo consiguió ver el rostro alegre de Juana, que envuelta en su manto se dirigía rápidamente hacia Santo Domingo.

Había llegado el momento de las explicaciones y de saber cómo se encontraba María.

Sintió Querubín que violentamente le palpitaba el corazón, y sin detenerse un instante tomó también a buen paso por la calle arriba.

Siguieron así hasta llegar cerca del convento de Santa Catalina, y mirando entonces a su alrededor, y convencidos de que nadie los observaba, reuniéronse y dieron principio a la conversación.

—¡Jesús!—exclamó la doncella.

—¿Qué os sucede?—le preguntó Querubín.

—Sois muy imprudente. Ya que anoche os salvasteis por milagro, no habéis debido exponeros tan pronto.

—¡Necesito a toda costa salir de dudas! Por mí nada temo; pero por María...

—¡Dios mío! ¡Mentira parece que haya tenido valor para hacer lo que ha hecho!

—Explicaos, Juana, porque necesito saber a qué atenerme.

—¡Anoche parecía la casa un infierno!

—Lo supongo, porque vi entrar una ronda; pero no acierto a comprender para qué la habían llamado.

—Porqué mi señor creyó que os había dejado muerto, y no quiso acercarse a vuestra capa sino en presencia de la justicia. Figuraos adónde llegaría su cólera cuando conoció la burla que había sufrido.

—¿Y María?

—Se retiró a su aposento, y aunque yo quise tranquilizarla, no ha podido dormir en toda la noche. Verdad es que a todos nos ha sucedido lo mismo.

—¿Y qué ha determinado al fin vuestro señor?

—Por de pronto ha despedido a todos los criados, menos al bribón de Andrés y a mí.

—Andrés es un enemigo temible.

—Se ha empeñado en averiguar quién sois, y lo conseguirá. Cuando lo averigüe, Dios sabe lo que puede suceder, porque es capaz de todo; y como el señor comendador está hecho una furia...

—¡Comprendo!

—Guardaos, señor Querubín, porque mi pobre señora no tiene un instante de sosiego y a todas horas teme que os descubran, os entreguen a la justicia y os envíen a galeras como si fueseis un criminal.

—Si ella no me descubre...

—No lo hará.

—¿Le ha exigido su padre explicaciones?

—Se las ha exigido, amenazándola terriblemente; pero ella ha jurado no pronunciar vuestro nombre en tanto que estéis en peligro.

—¡Cuánto la amo!—exclamó el mancebo, cuyos negros ojos brillaron con el fuego de la pasión.

—Pero nada hemos conseguido con esto—añadió la doncella—, porque ahora mi señor quiere que inmediatamente su hija se case con don Leandro de Sandoval; jura que se hará obedecer, y que en último apuro la encerrará en un convento obligándola a profesar.

Querubín inclinó la cabeza y quedó pensativo.

¿Qué le era posible hacer para luchar con el comendador?

¡Nada, absolutamente nada!

En aquellos momentos puede decirse que empezaba a comprender toda la gravedad de su situación.

No le era posible olvidar a María, y parecía, además, una ruindad abandonarla cuando ella estaba dispuesta a sufrirlo todo por él.

Hasta entonces puede decirse que los dos jóvenes amantes habían sido dichosos. Se veían con frecuencia, se hablaban y dejaban que el tiempo pasase, esperando que el tiempo y las circunstancias llegarían a favorecerlos.

Pero la situación había cambiado, y ya no les quedaba ni siquiera el recurso de verse y hablar, pues el comendador vigilaría a su hija como nunca la había vigilado.

—Señor Querubín—dijo tristemente la doncella—, nos empeñamos en conseguir un imposible.

—¡Imposible!—murmuró el joven con voz sombría.

—¿De qué os servirá vuestro valor? ¿De qué ha de servir a mi pobre señora su firmeza? Su padre no cederá, siquiera por el escándalo que debe de haber producido el suceso de anoche, y don Leandro...

— ¡No se casará! —interrumpió vivamente Querubín.

—¿Cómo lo sabéis?

—Es una sospecha; pero bien pronto conoceré la verdad sobre este punto, y si no me equivoco...

—¿Qué sucederá?

—Juana, no podemos permanecer mucho tiempo aquí, y debemos aprovecharlo para ponernos de acuerdo en lo que conviene hacer. Antes que olvidar a María prefiero morir; y como no puedo vivir sin verla, es preciso buscar otro medio para que yo me introduzca en vuestra casa.

—¿Habéis perdido la razón?

—No.

—¡Introducirse en nuestra casa después de lo que ha sucedido!

—Reconozco que es difícil, pero no es imposible.

—Señor Querubín, dispuesta me tenéis a todo.

—Entonces...

—Ya habéis visto que se adoptan todas las precauciones imaginables. No sería imposible hacer otra llave para la nueva cerradura de la puerta del jardín, y posible es también descorrer los cerrojos cuando hayáis de entrar; pero todo eso debe de estar previsto por Andrés, que es sobradamente astuto, y vigilará todas las noches.

—Lo cual significa que no es posible que vuestra señora salga de su aposento.

—Ni posible que vos entréis en él, puesto que tendríais que atravesar el jardín y seríais descubierto.

—¿Y por los balcones?

—Tampoco, pues los balcones están en las habitaciones inmediatas a la que ocupa durante la noche mi señor; y aunque os atrevieseis a subir con la ayuda de una escala, nada conseguiríais, sin contar con que nosotras no podríamos abrir para que entraseis.

Juana decía la verdad.

Para llegar a las habitaciones en donde había balcones o ventanas a la calle, le hubiera sido preciso atravesar la cámara donde don Pedro tenía su dormitorio, y pasar muy cerca del que ocupaba Andrés.

Sin embargo, Querubín no podía darse por vencido.

Otra vez guardó silencio y reflexionó.

—Debo irme—dijo la doncella después de algunos minutos—, porque mi tardanza infundiría sospechas, que en estos momentos serían más peligrosas que nunca.

—Juana, para una mujer no hay nada imposible, sobre todo cuando tiene un ingenio como el tuyo.

—¡Me aduláis!

—Cavila.

—Pero...

—Yo cavilaré también.

—Pensad...

—Entretanto dí a tu señora que estoy muy cerca de descubrir un secreto que me parece de muchísima importancia; que no se desanime, que resista con firmeza, y que tenga la seguridad de que hemos de vernos muy pronto, puesto que haré para conseguirlo hasta lo que sea imposible. En cuanto a mi amor...

—La adoráis; ya lo sé.

—¡Oh!...

—¡Dejadme, señor Querubín!

No hablaron más.

La sirvienta se alejó por la calle de Santa Catalina.

Querubín volvió maquinalmente a la de San Bernardo.

No habían transcurrido diez minutos cuando sintió que le tocaban en un hombro.

Se estremeció como si le hubieran despertado del más profundo sueño, volvióse, y se encontró con el señor de Guevara.

—¡Ah!—exclamó el mancebo.

—¿Qué haces aquí?—preguntó el hidalgo.

— ¡No lo sé!

— Tenemos mucho que hablar, porque he conseguido hacer grandes descubrimientos. Don Leandro de Sandoval está enamorado ciegamente.

— ¡Enamorado! Pues, entonces, ¿cómo se explica que no haya querido casarse?

— Porque no es a la hija del comendador a quien ama, sino a una hermosísima joven vecina del señor Policarpo.

— ¿Qué estáis diciendo?

— Y tales cosas ha hecho movido por su pasión, que estoy ya seguro de que no se casará con ninguna otra mujer; por consiguiente, nada debes temer de semejante rival.

Aturdido quedó el mancebo.

El señor de Guevara añadió:

— Hoy es un día feliz, porque ya puedes asegurar que has encontrado a tu padre.

Estas palabras hicieron estremecer nuevamente a Querubín.

— ¡Mi padre! — exclamó.

— Figúrate que en mi juventud se enamoró de mí cierta dama, y que de esos amores tú has sido el fruto.

— ¡Yo! — exclamó el joven.

Y más aturdido cada vez, fijó una mirada de estupor en su padrino.

— El día que yo declare que eres mi hijo y que te reconozca con todas las formalidades de la ley, tendrás derecho a llevar mi nombre; te llamarás Guevara.

— Perdonad... — interrumpió Querubín.

— ¿Qué te ocurre?

— Debo de estar muy aturdido, porque...

— Sí, aturdido estás, y, sobre todo, como no conoces el mundo, no puedes comprenderme bien; pero cuando reflexiones te convencerás de que tienes adelantado mu-

cho para ser dichoso, puesto que tu rival no ha de estorbarte y, sin saber cómo, te encuentras con un padre y un nombre ilustre. ¿No es una gran idea?... ¡Rayos y truenos!... ¡Estoy orgulloso, y me parece que motivo tengo para estarlo!

El joven no acertaba a replicar.

—Ven—decía el caballero—; te explicaré detalladamente mis planes, comprenderás la situación, y acabarás de convencerte de que hoy es uno de los días más felices de tu vida.

Lejos estaba Querubín de convencerse; pero guardó silencio y siguió al hidalgo.

Fuéronse por la calle de la Luna.

Su conversación no nos interesa, y los dejaremos.

No tardó Juana en volver.

María la esperaba afanosamente, y apenas la vio le preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

—Que os adora, que no pierde la esperanza y que os verá muy pronto.

—¡Que me verá!

—Se empeña en que he de buscar medio para introducirle en casa, pues cree que para mí no hay nada imposible. Os aseguro que eso me pone en el más grave compromiso, y, la verdad...

—¡Juana!—exclamó María con acento suplicante.

—Dejadme pensar, porque ahora nada me atrevo a prometer.

—¿Le has dicho?...

—¡Todo, todo!

—¿Y también que consentiré en morir antes que ser esposa de otro?

—Ya lo sabe demasiado bien.

—¡De ti depende mi felicidad!

—Señora...

— ¡No me abandones en esta horrible situación!

— Si vuestra felicidad depende de mí, dichosa seréis.

— Y mi gratitud...

— ¡Dejadme, os lo suplico!

María inclinó tristemente la cabeza y pronunció el nombre de su amante.

Penosos suspiros se escaparon de su pecho.

El mancebo veía oscuro el horizonte de su porvenir; pero más tenebroso se presentaba a María, porque mejor que nadie conocía la infeliz a su severo padre.

Éste se le presentó al volver a su casa, y dijo:

— Acabo de hablar con la madre de don Leandro, y considero ya vencidas todas las dificultades.

— ¡Padre mío!

— No te tomes el trabajo de suplicar, porque ya es tarde para retroceder.

— ¡Dios mío!...

— Todo quedará arreglado inmediatamente, y serás esposa de don Leandro; pero si aun cometes la locura de rebelarte contra mi autoridad, saldremos de Madrid, y en el último rincón de España quedarás encerrada en un convento con tanto sigilo, que nadie podrá averiguar lo que ha sido de ti.

Con una frialdad espantosa dijo esto el comendador, y salió inmediatamente del aposento sin escuchar las tier-nas y desgarradoras súplicas de su desgraciada hija.

Andrés volvió bastante tarde y de muy mal humor, pues no había conseguido adelantar absolutamente nada.

Y mientras todo esto sucedía, el señor Policarpo, sin haberse desaturdido, dudaba si debía hablar al hijo de la condesa de lo que había sucedido aquella mañana.

CAPÍTULO XVII

El sastre pone a salvo su responsabilidad

El buen sastre intentó muchas veces continuar su trabajo; pero no pudo, porque cuando no lo hacía mal, clavábase la aguja en los dedos.

Tal era su turbación.

Lo que acababa de suceder le daba mucho que pensar.

Comprendía que su situación era bastante difícil.

¿Cómo sería juzgado por el hijo de la condesa?

Y lo que más hacía cavilar al señor Policarpo era la extraña conducta del señor de Guevara.

¿Por qué éste se mezclaba en los asuntos de Leandro?

Sin un motivo, sin una razón, no se hace nada.

Por mera curiosidad, no hubiese hecho el protector de Querubín lo que acababa de hacer. ¿Y cuál era el motivo?

Para adivinar esto era para lo que el sastre ponía empeño mayor.

No hay que decir que era imposible que lo adivinase.

De cualquier modo, le era preciso adoptar una resolución.

¿En qué debía consistir ésta?

¿Debía decírselo todo al ilustre Sandoval?

Si el señor Policarpo callaba, había el peligro de que algún día le acusaran por su reserva y silencio; y si hablaba, tal vez produciría grandes conflictos.

Más de tres horas pasó, sin acabar de decidirse.

Había subido a la habitación de Consuelo, había respondido maquinalmente a las preguntas de ésta, y había vuelto a sentarse tras el biombo.

La madre sufrió un ataque de parálisis que la dejó completamente imposibilitada. Pasaron innumerables privaciones. El sastre, compadecido, las ayudaba en cuanto podía.

Don Leandro de Sandoval entabló relaciones con Consuelo. Ambos se amaban. Pero al descubrir ella la elevada posición de Leandro, se aterrorizó. Ella desconocía el nombre de su padre. Su nacimiento era un secreto, que sólo su madre sabía; pero la parálisis le impedía revelarlo.

Don Leandro consiguió averiguar que el padre de Consuelo era noble, juró buscarle y obligarle a que reconociese a su hija.

Entretanto, el comendador don Pedro, hombre malvado, seguía trazando planes en compañía de su fiel criado Andrés, para vengarse de Querubín y conseguir la boda de su hija con Leandro de Sandoval.

En la vida de doña Margarita de Solís, condesa de Rocanegra, había un terrible secreto, que ni su hijo Leandro había podido descubrir, a pesar de intentarlo al ver que su madre no era feliz, que sufría torturada por algún lejano recuerdo.

A los quince años se enamoró locamente de un rico caballero, llamado don Juan de Monzón. Cuando más se querían, don Juan tuvo que huir a París por haber tenido un duelo.

La familia de doña Margarita aprovechó esta coyuntura para obligarla a casarse con el conde de Rocanegra, hombre perverso, que la hizo desgracia. Tuvo con él un hijo: Leandro, el conde tuvo que marchar, nombrado virrey, a la India, y al poco tiempo llegó de allí la noticia de su muerte.

Entretanto, don Juan de Monzón había regresado. Volvió a ver a doña Margarita. Reanudaron sus amores, y el destino les dio un hijo: era Querubín, y don Juan le confió a una mujer para que le criase en secreto, hasta que pudiera legitimar su unión con doña Margarita. La misma noche fue asaltado por unos ladrones, que le dejaron gravemente herido. Entre la vida y la muerte pasó largo tiempo, durante el cual el conde de Rocanegra, que no había muerto, como se decía, regresó a Madrid y reanudó su vida al lado de la condesa.

Al curarse, don Juan quiso averiguar el paradero de su hijo, pero no logró encontrarle.

Amargado, se retiró a vivir a su gran palacio, mientras la pobre condesa sufría al infame conde. Sólo una persona sabía el secreto de aquellos amores: el comendador don Pedro, que ruinmente lo había averiguado, valiéndose de su amistad con don Juan, cuando éste estaba moribundo. Con objeto de sacar partido a aquel secreto, hizo gestiones, y llegó a averiguar que Querubín era aquel hijo. Pero lo que ignoraba era que fuese el amado de su hija.

Desearo que María se uniese a la casa Rocanegra, propuso esa unión. El conde, a quien no le importaban su mujer ni su hijo, lo dejó a elección de ellos. La condesa se lo dijo a Leandro; pero éste, enamorado de Consuelo, contestó que quería casarse por amor, no a la fuerza, y que María no le quería a él. La condesa, que idolatraba a su hijo, comunicó esta decisión a don Pedro. Pero don Pedro, que estaba dispuesto a todo para efectuar aquella boda, porque le convenía, descubrió a la condesa que conocía su secreto y que, además, sabía dónde se encontraba el hijo perdido y podía devolvérselo. Pero solamente lo haría con la condición de que Leandro se casara con María. En caso contrario, ni le ayudaba a descubrir a su hijo, ni callaría el secreto: se lo contaría todo al conde.

¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre!

